

Aunque puede concluirse que el hijo con cola de cerdo era el monstruo híbrido que nos esperaba al final del laberinto, es decir, la solución al enigma de la sangre de los Buendía, una manera más sencilla de localizar al Minotauro en *Cien años de soledad* es acudir al episodio del Judío Errante, otro de los que han sido tenidos por paradigma de hecho imaginario —en este caso de carácter mítico-legendario<sup>18</sup>. Si bien es difícil de creer que el jueves santo en que muere Úrsula pasara por el pueblo el legendario Judío Errante, no es, en cambio, gratuito que éste sea descrito por el párroco como «un híbrido de macho cabrío y hembra hereje, una bestia infernal cuyo aliento calcinaba el aire y cuya visita determinaría la concepción de engendros por parte de las recién casadas» (pág. 472). En la estampa laboriosamente dibujada del Judío Errante se representa, pues, al Minotauro escondido de manera aún más explícita que en la del hijo con cola de cerdo, sin que haya diferencia, en cambio, en lo que respecta a la resolución del enigma, pues en uno y otro caso el hilo nos conduce al origen judío de la estirpe. No es casual, además, que sea a la «mala influencia» del Judío Errante a la que el párroco atribuye la responsabilidad de la concepción de engendros por parte de las recién casadas. El temido hijo con cola de cerdo, el miedo de la recién casada Úrsula, está estrechamente vinculado a la visión que la Iglesia tiene de los judíos. De nada sirve que el narrador advierta que «al contrario de la descripción del párroco, sus partes humanas eran más de ángel valetudinario que de hombre» (pág. 473): aquélla se impone, la población de Macondo no pone «en duda la existencia de una criatura espantosa semejante a la descrita por el párroco» y sale a la captura del Judío Errante (pág. 472). En otro sentido, esto mismo es lo que hace el lector que, siguiendo el hilo de esta argumentación, esté a la vez siguiendo el hilo de la sangre de los Buendía. La mujer que encuentra «unas huellas de bípedo de pezuña hendida» tan «ciertas e inconfundibles» que todos los que las ven quedan convencidos de la presencia del Judío Errante en Macondo ¿no es una especie de lector ideal previsto por García Márquez para la interpretación de su enigmática literatura? En esta ocasión Ariadna es impenitente lectora que devana por sí misma el ovillo y nos conduce a la solución del misterio.

#### IV. El destino de los Buendía

Resolver el enigma del origen no es, sin embargo, nada importante en sí mismo. Éste sólo tiene valor si, como en el *Edipo, rey*, sirve para explicar el destino fatal del héroe. Lo que obligó a Úrsula a seguir el hilo de la sangre fue la misteriosa muerte de su primogénito, que huele a pólvora

ventado por el gobierno como un pretexto para matar liberales. Gabriel, en cambio, no ponía en duda la realidad del coronel Aureliano Buendía, porque había sido el compañero de armas y amigo inseparable de su bisabuelo, el coronel Gerineldo Márquez» (pág. 526).

<sup>18</sup> Mario Vargas Llosa, op. cit., pág. 534.

como sus antepasados olian a chamusquina; si Aureliano Babilonia está impaciente, en la lectura de los manuscritos, por conocer su origen, es porque un hijo con cola de cerdo acaba de morirse y porque él mismo necesita conocer «su destino» (pág. 556). Cuando el Judío Errante pasa por el pueblo se produce aquello que la bisabuela de Úrsula temía desde finales del siglo XVI, y Macondo, que es hospitalario con gitanos, con gringos y con árabes, somete a tortura y asesina cruelmente al único judío manifiesto que pasa por el pueblo: «Lo colgaron por los tobillos en un almendro de la plaza... y cuando empezó a pudrirse lo incineraron en una hoguera» (pág. 473).

El origen judío tiene, pues, mucho que ver con el destino fatal de los Buendía. Cuando Aureliano Babilonia descifra los manuscritos y lee el «epígrafe de los pergaminos perfectamente ordenado en el tiempo y el espacio de los hombres», descubre que *El primero de la estirpe está amarrado en un árbol y al último se lo están comiendo las hormigas* (pág. 556). La tendencia a identificar al primero de la estirpe con el fundador, que pasó los últimos años de su vida amarrado a un castaño, es una trampa prevista por el astuto demiurgo; pero el primero de la estirpe no es José Arcadio Buendía sino el Judío Errante que muere colgado en el almendro, pues él es el único que en la novela muere amarrado a un árbol. En efecto, aunque los últimos años de vida del fundador transcurrieron bajo el castaño, es fácil comprobar que, a instancias de Úrsula, murió amarrado en una cama<sup>19</sup>. De esta manera, en el epígrafe perfectamente ordenado que el lector debe reconstruir en *Cien años de soledad*, como Aureliano lo reconstruye en los manuscritos, el primero y el último de la estirpe mueren por una misma y única razón: porque una mujer, que en el caso del último es la comadrona, los ha reconocido como judíos<sup>20</sup>.

De ahí la firme determinación de los fundadores a que su estirpe olvide el pasado. Después de la muerte de Prudencio Aguilar, y no pudiendo ya «con el peso de la conciencia» (pág. 106), conciben la idea de fundar un mundo nuevo en el que ya no será posible que maten a sus hijos a causa de su secreto origen porque ni ellos mismos lo conocerán. Macondo se funda, pues, sobre la firme y racional decisión de *olvidar el pasado*. José Arcadio y Úrsula salen del próspero pueblo en que sus familias han vivido trescientos años casándose entre sí con el firme propósito de dejarlo definitivamente atrás. Caminan siempre en dirección contraria a Riohacha, donde empezó ese pasado, para no encontrarse con «gente conocida» (pág. 107). Cuando fracasan en su búsqueda del mar, fundarán Macondo simplemente para «no tener que emprender el camino de regreso». A José Arcadio no le interesa una ruta que, como la de oriente, «sólo podía conducirlo al pasado» (pág. 91).

<sup>19</sup> «Entonces lo amarraron a la cama. A pesar de su fuerza intacta, José Arcadio Buendía no estaba en condiciones de luchar. Todo le daba lo mismo» (pág. 243). Y el momento de la muerte: «Entonces entraron al cuarto de José Arcadio Buendía, lo sacudieron con todas sus fuerzas, le gritaron al oído, le pusieron un espejo frente a las fosas nasales, pero no pudieron despertarlo» (pág. 245).

<sup>20</sup> «Aureliano y Amaranta Úrsula no conocían el precedente familiar, ni recordaban las pavorosas admoniciones de Úrsula, y la comadrona acabó de tranquilizarlos con la suposición de que aquella cola inútil podía cortarse cuando el niño mudara los dientes» (pág. 553).

La ruta que les interesa a los fundadores de la moderna Macondo es la que los conduce al Futuro, al Porvenir, encarnada en la civilización que llega del norte. No es de extrañar, pues, que desde el primer momento Macondo sea una ciudad amenazada por la peste del olvido. El gesto ilustrado y radicalmente moderno con que José Arcadio y Úrsula fundan Macondo, en un paroxismo de la voluntad emancipadora de la Ilustración, similar a la que inspiró a los judíos europeos en el siglo XIX, los hunde en una especie de «idiotez sin pasado» (pág. 134). No es casual que, cuando Rebeca regresa del pasado de la estirpe, se diga que «ni José Arcadio ni Úrsula recordaban haber tenido parientes con esos nombres ni conocían a nadie que se llamara como el remitente y mucho menos en la remota población de Manaure» (pág. 130), a pesar de que Rebeca es nombre judío y de que Manaure no puede ser otra que la escondida rancharía donde sus familias han vivido durante trescientos años. Es inútil que la niña les muestre una carta en la que se asegura que «era prima de Úrsula en segundo grado y, por consiguiente, parienta también de José Arcadio Buendía» (pág. 129); antes de que los gitanos nuevos llegaran a Macondo con su «aparato para olvidar los malos recuerdos» (pág. 99), los progresistas y bienintencionados fundadores ya habían decidido convertir los malos recuerdos en una «región inexplorada» (pág. 97).

Será esta decisión, sin embargo, la que acabe enfrentando a todos sus descendientes con ese fatal destino que les habían tratado de evitar. De la misma forma que Edipo, huyendo de su destino, tropieza inevitablemente con él, los edípicos miembros de la familia Buendía se darán de bruces con su pasado judío. La metáfora de los diecisiete hijos del coronel Aureliano Buendía es ilustrativa a este respecto: marcados por la Iglesia con una cruz de ceniza en la frente, serán «cazados como conejos, por criminales invisibles» (pág. 357). Los Buendía mueren, como decía Amaranta, sin saber por qué, cuidadosamente exterminados por carniceros que, a diferencia de ellos, no han olvidado el pasado y siguen obedeciendo la «consigna de exterminio» (pág. 357). Los «feroces perros alemanes» (pág. 342) que acompañan al señor Brown, responsable último del «bárbaro exterminio de los Aurelianos» en un «pueblo que de la noche a la mañana se había convertido en un lugar de peligro» (pág. 355), son la versión moderna de una carnicería que apunta siempre a las alas potentes del ángel judío.

El olvido de su origen deja a los Buendía más indefensos ante su destino, pues no saben que sobre ellos pesa la amenaza de exterminio. Cuando, después del diluvio, la peste del olvido acabe «carcomiendo sin piedad los recuerdos» (pág. 474), se dará un paso más en el camino sin retorno que emprendieron los fundadores. La estirpe, olvidada de su origen y su destino, colaborará, sin saberlo, en su propio exterminio. Esto es precisamente

lo que ocurre cuando el único superviviente de los diecisiete hijos del coronel Aureliano Buendía, «buscando una tregua en su larga y azarosa existencia de fugitivo», llega a la desolada casa de los Buendía, donde sólo viven ya los últimos José Arcadio y Aureliano. Se identifica, suplica que le den refugio en aquella casa, «el último reducto de seguridad que le quedaba en la vida», pero «José Arcadio y Aureliano *no lo recordaban*» y, creyendo que era un vagabundo, «lo echaron a la calle a empellones» (pág. 509). Es entonces cuando los dos agentes de policía

que habían perseguido a Aureliano Amador durante años, que lo habían rastreado como perros por medio mundo, surgieron de entre los almendros de la acera opuesta y le hicieron dos tiros de máuser que le penetraron limpiamente por la cruz de ceniza (pág. 509).

Sólo tras la muerte de Amaranta Úrsula y de su hijo, Macondo recupera su pasado. Aureliano Babilonia, que ha buscado en los archivos de la casa cural «alguna pista cierta de su filiación» (pág. 549), comprenderá por fin, abrumado por el dolor, la historia de la familia: los arduos e inútiles esfuerzos de Úrsula para preservar su estirpe mediante el recurso de impedir que se casen entre sí; los de José Arcadio Buendía para imponer el uso de la razón en un mundo gobernado por la irracionalidad; los problemas de la católica Fernanda del Carpio para adaptarse a las costumbres de los advenedizos Buendía; y, sobre todo, el destino de una estirpe condenada no ya sólo a la muerte física, sino también a ser «desterrada de la memoria de los hombres» (pág. 559). Será entonces, después de comprender su fatal destino de ser olvidado, cuando Aureliano, imitando a Mekquíades, se encerrará en su cuarto para escribir una literatura enigmática que sólo en caso de ser descifrada y leída en voz alta en perfecto castellano salvará a la estirpe del olvido: el genial laberinto en el que, en un subitito resplandor de alegría, reconocemos al Judío Errante que siempre estuvo presente en Macondo y que seguía vivo, con las alas tendidas, en el cuarto donde se ocultaba Aureliano Babilonia.

**Sultana Wahnón**